

UIB 861.6 VIL

A
♣

3

Col.lecció poesia de paper

Luis Antonio de Villena

400'

Luis Antonio de Villena

Col.lecció poesia de paper

3



Universitat de les
Illes Balears
Servei de Biblioteca i
Documentació
Patrimoni bibliogràfic

Palma 1990

UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS



5108121903

© de l'edició: Caixa de Balears "Sa Nostra" i Universitat de les Illes Balears

© del text: Luis Antonio de Villena

Edició: Servei de Publicacions de la UIB.

Campus universitari. Cas Jai. Cra. de Valldemossa, km 7.5.

07071 Palma.

Disseny de la col·lecció: Jaume Falconer

Dibuixos: Jaume Falconer

Impressió: IMPRESRAPIT. Barón Santa María del Sepulcro, 7. 07012 Palma.

D.L.: PM 547-1990

002

2



2



2



2



4

4



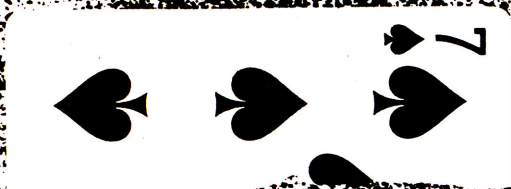
Luis Antonio de Villena

Luis Antonio de Villena (Madrid, 1951) ocupa un lloc particularment destacat en la literatura espanyola de les darreres dècades. A més de poeta, és editor de clàssics i moderns —de Miguel Ángel Buonarrotti a Cernuda—, traductor, assagista i narrador. Entre els llibres de prosa cal destacar *Introducción al dandysmo* (1974), *Dados, amor y clérigos* (1978), els assajos sobre Càtul (1979) i Oscar Wilde (1979) i *Corsarios de guante amarillo* (1983), així com les narracions de *Para los dioses turcos* (1980), *Ante el espejo. Memorias de adolescencia* (1982), *Chicos* (1989) i *Yo, Miguel Ángel Buonarrotti* (1990).

Inicia la seva obra poètica el 1971 amb *Sublime Solarium* i fins ara ha donat com a fruit els llibres *El viaje a Bizancio* (1976), *Hymnica* (1979), *Huir del infierno* (1981), *La muerte únicamente* (1984) i *Marginados* (1986). I per l'abast vitalista, la riquesa de propostes i l'encert de la seva expressió poètica escapa, sens dubte, de qualsevol etiqueta generacional i s'ha creat un espai radicalment propi en el panorama de la poesia actual..

a

b



+

c

d





COMIO A UN AMIGO, EN SU TOTAL RENUNCIA

Y ha de ser muy posible que la fe no importe tanto.
(Aunque hermoso sería aceptar casa, premio y bandera...
Y saber que el dolor, gota a gota,
se transmuta en gema, y sentir
que cada movimiento y cada voz, poseen significado.)
Mas quizá la fe no importe tanto.
¿Qué dirán de ti, ahora en la antigua paz de un claustro?
La palabra exacta -entre irredenta estulticia-
se oirá muy pocas veces: Heroísmo.
(Heroísmo: No agregar ningún adjetivo,
mácula ninguna de ideología.
Se trata simplemente del vivir en alta frontera;
de la sapiente boca que arrojará a los tibios.)
Sé bien que no fuiste huidizo ni ajeno al mundo.
Pues tú también hubieras deseado ser un príncipe.
Buscaste la convulsa belleza, que zahiere y trastorna.
No cesaste, no caíste: Anhelabas la perfección
que parecía próxima. Aquella luz, aquel destello
que implicaba también razones y sentidos materiales...
Y una noche con luna valsaste a través de sus ojos
como si fuera eterna...
Pero todo se deshizo poco a poco.
El fondo era de barro: Cayó la sombra.
Estaba aún el prestigio, el poder, la potencia, la fuerza.
Y tampoco escapaste. Mas ¿había verdad en tanto fuego?
Las cúspides te parecieron lejos; odiaste la llanura,
y todo al final (academia y blasones) se te mostraba inútil.
El arte es lo más arduo, y va contra la vida.
Ahí también el fondo es barro: Cayó la sombra.
(*La Gloria es mentira, el Amor no da la dicha.*)
¿Qué hacer ahora?
¿Bajar el telón? ¿Malgastar, templar la comedia emprendida?
(¡Y qué asco producen tantos mansos,
y cuánta compasión asimismo!)

Hilera de día tras día, grisáceo cielo
que puede ser azul; a rastras diciendo: ¡*Qué hermosa
la vida!*. ¡Acariciando a la bendita progeñe
para nada nacida, pero morir seguro!)
No agitaré el angel las musgosas aguas
de la probática piscicina...
Y si una singularísima jornada
titila entre las ondas un diminuto, plateado delfín,
no, no llegareis a tiempo.
Sois y somos nada: Y cae la sombra.
Entonces, ¿para qué he venido?

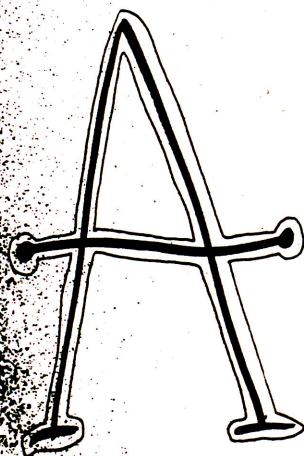
Pero tú ahí, en el silencio entretejido por el arte antiguo,
los símbolos, y esa oscura, húmeda fe
-que puede no ser tuya-
has entrado solo en el agua, y con valor de valiente caminas...
Haces, y nos regalas, un gesto supremo:
Arrojar la púrpura a las fieras,
y tu mano después, que se manchó de su impura semilla.
Para no hacerte ni hacerlos daño,
y porque sabes que todo decepciona,
y porque has sido *mejor*, aunque sea arduo saberlo,
estás ahí, solo, digno, arropado, quieto,
oyendo el fluir de un agua mansa
y escuchando afuera los ruidos vocingleros, disonantes, de la Historia.
Ajeno a la vida y a la acción
que engaña acaso a la *gran tarea*,
eres el presentimiento de nuestra poquedad,
y la imagen contraria de nuestra tragedia.
Acepta pues mi envidia, amigo mío,
si la palabra vale más allá del deseo.
Yo soy el tenebroso, el desdichado,
otro Príncipe Aquitano en la torre abolida,
que, a pleno sol, garabatea a ciegas en un cuarto con velas...
Mientras, tú te desentiendes, te apaciguas, te dejas,
y entonces -llanamente así-
estás y es y eres, en lo que sea.



N EL INVIERNO ROMANO

Aquí, entre los libros, es muy grato quedar, amigo mío.
Ya ve, no salgo: Una copa de caldo bien caliente
y cordial de coñac. La cama mullida, entibiada, sobria,
y al estirarme dentro, ¡ah, cómo corre la dicha
por mis miembros, qué íntimo y seguro bienestar...!
Yo mismo enciendo la caldera -no hay servicio-
atranco bien las puertas y ventanas... Luego leo
-y a veces en voz alta- o repaso encantado un pentagrama
(*Indissolubilis Amicitia*; tralarí, larí, larún)
de Georg Muffat... ¡Debe hacer fuera tanto frío!
Los despedidos de las fábricas -me cuentan-
llenar la calle con fuego de basuras, y en el metro
nocturno -parece- se suceden faqueros y celadas...
También están esas hordas que vinieron de más lejos
-pintados y rugientes- en busca de botín...
Mastines que persiguen a las damas o cruzan su chamulle.
Y en covachas infectas ejercen ambidextro placer
con crueldad: Rueda la cerveza por un suelo
de goma, y en las paredes hay huellas de patadas...
Quien puede huyó a su finca. El literato ilustre
transportó su gitón, mosaicos y tibores; y la excelsa
señora todos sus abalorios en un maletín de *Pertegaz*...
Languidece el comercio. Los sicarios son oro,
y el fisco saca dinero hasta de las eunucas lumiascas, callejeras
y altas... Como banda de renos -se dice- el frío
va bajando desde el norte. Se helaron los huertos
y los pescadores se niegan a aparejar rasgales... (De otro
lado, las sardinas se asfixian de algas sucias, y aquí mismo
hay días que el hollín casi impide respirar...)
Oigo desde la cama aullidos de sirenas, y gritos
otras veces de rubios estentóreos a sus hembras
con botines de cuero y el pelo recubierto de azafranes chillones...
Pruebo un buchito de licor, entonces, mientras leo: *La alondra
momentánea se alejaba*... Y me estiro en mi piltra

muellemente, gozoso de esta parca, tibia, retirada,
sutilísima beatitud tan mía... ¡Grandes dioses, que no
llegue el verano, nunca llegue -les pido- porque entonces,
ciertamente entonces, vendrá nuestro final!



E T OMNIA VANITAS

Como quien todo ha perdido
y voluntario se desprende de lo que aún le quedaba...

Una casa apartada y pequeña,
con los solos ruidos del aire o de la vida,
cerca de la montaña... Y álamos y olmos
junto a un río pedregoso, que levísimo escapa.
Rústico casi todo, y rústica la mesa
sobre la que tantos tomos convierten el conocimiento
en la única aventura deseada...

(Schopenhauer, Teócrito, Medrano, memorialistas
de los siglos áureos...)

Un corral con gallinas: Y andar con sayal franciscano
y una vieja peluca *Luis XVI*,

para los días muy fríos o con el alma extraña...

¿Es este aquel de abrigos y bufandas sorprendentes?

¿El escandaloso, buscador de extravagancia?

Como de tantas cosas, qué poco ha quedado...

Desengaño, cierzo, desinterés, acedía,
un gran apetito de ausencia y de fracaso.

Aquí, retirado de todo,
sin el consuelo del bucolismo arcádico,

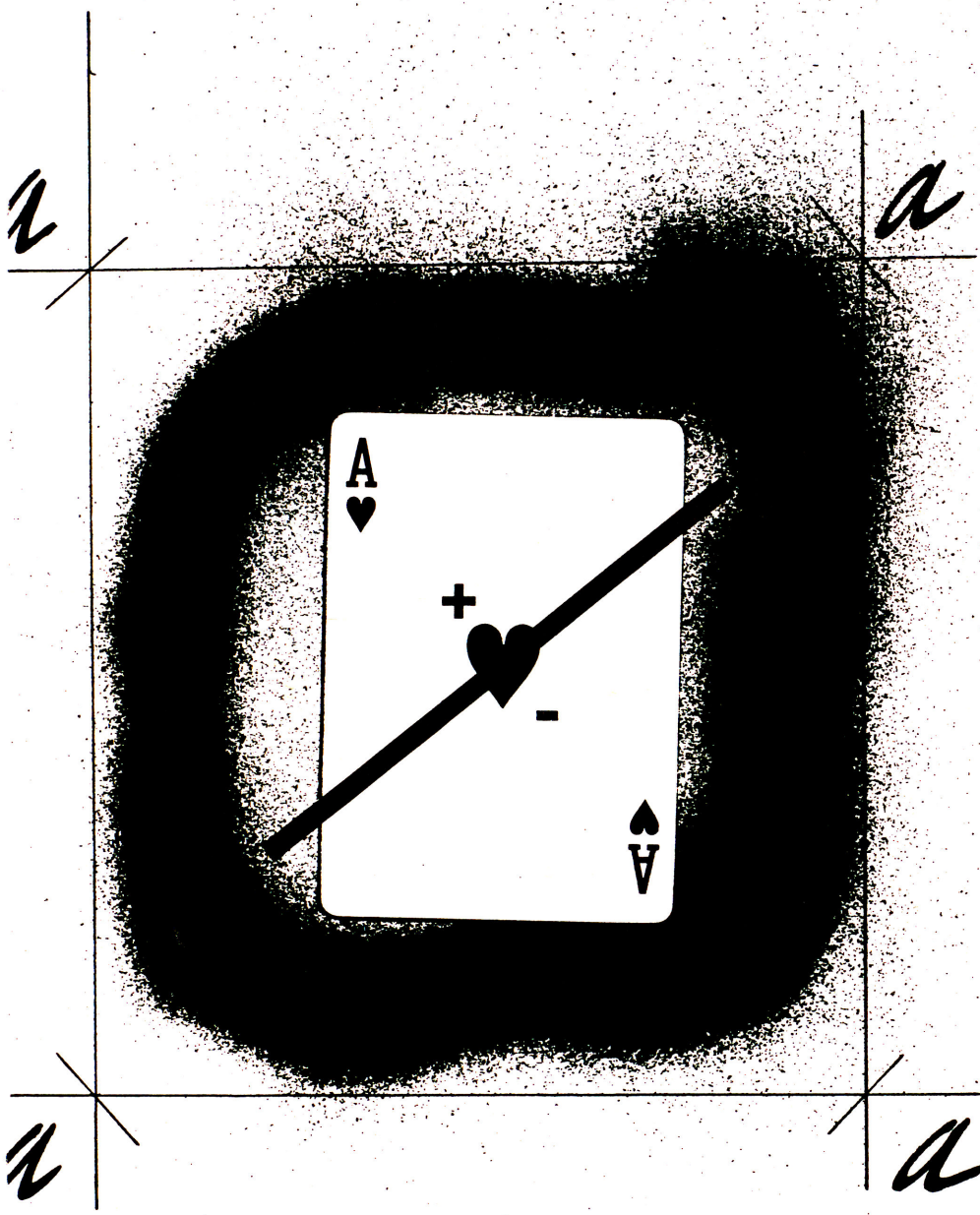
en un campo benigno y triste,
sedante, polvoriento, silvestre, manso...

Enfrascado en los libros, desdeñoso del mundo,
rotos los hilos de las vanidades,

ajeno, solitario, altivo, arisco,

estrafalario amigo que no ya no aguardas nada...

005



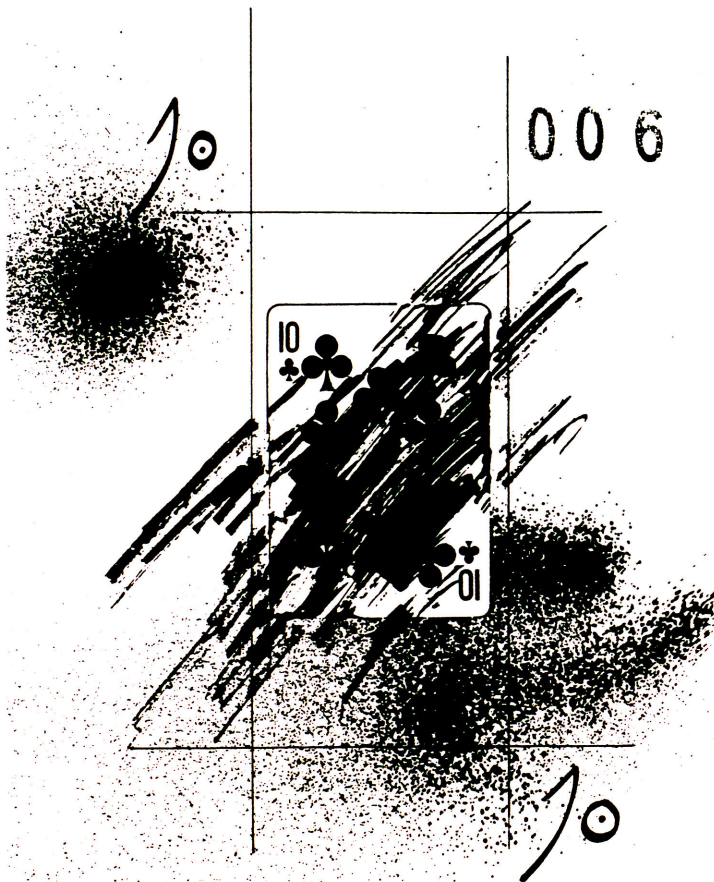
L

OS DIOSES QUE PROTEGEN A BELZOOND

(*Lord Dunsany*)

Sí sabemos -como el capitán del cuento-
que hay otras cosas: Altos dioses mayores.
Pero ¿dónde están? ¿en qué remoto
lugar, pues nunca los sentimos ni los vemos?
Hermoso sería que ellos guiaran nuestras
vidas, que nos tutelasen y protegieran,
y en nuestro andar brotase su armonía...
Hermoso fuera si compusieran ellos
el cuadro del vivir, y tocasen su orquesta
con acorde perfecto. Mas ¿sentís vosotros
su mano o su luz? Yo -como el capitán-
percibo desdichadamente lejos, muy lejos,
a tan altos dioses mayores. Y la vida
se me torna, por ello, acedía y miseria.
¿Quién destruye el mundo? ¿Por qué
dejamos que prosperen basura y cieno?
Creo, sin embargo, en los dioses menores.
Esa multitud de efímeros divinos
cuyas manos siento, y el sonsonete
tan dulce de su risa... Ellos transforman
en vino rojo la noche maldecida,
y en el instante más hondo aparecen
de unos ojos azules y la cálida
posibilidad de la aventura. Ellos trastornan
el aire una mañana, y lo vuelven plata;
ellos te elevan y sostienen para que no
decaigas, y en el peor momento, cuando
no puedes más, notas su carne, y al oído
susurran: *Sigue, sigue...* Los dioses menores
nada arreglan, pues no alcanzan. Y hay que
pensar que sufren también con las imperfecciones..
Pero en ciertos minutos pueden incendiar
la realidad, y hacen surgir la magia
donde era el desierto. Con milagrosas máscaras

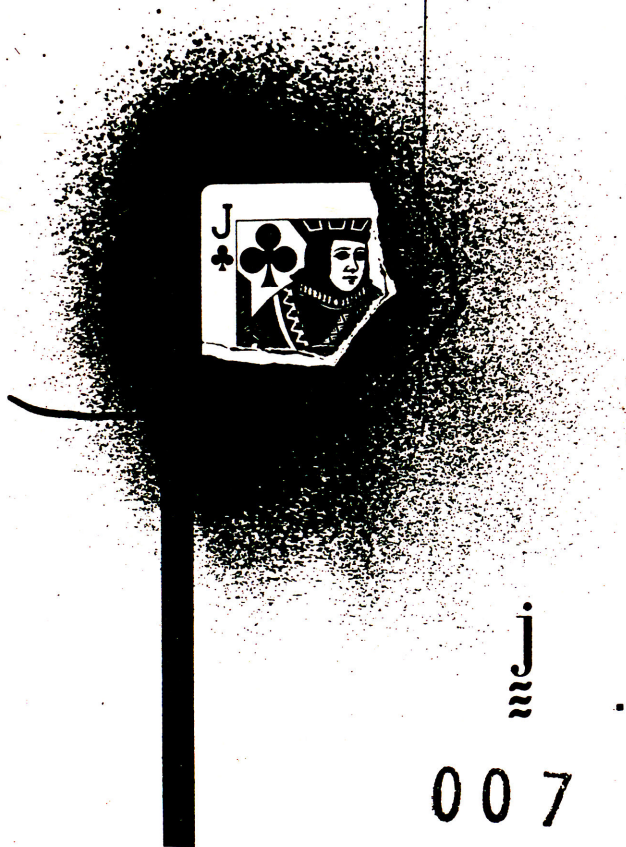
teatralizan y adornan, prometen la utopía,
seducen al amor, calientan las pasiones
fugitivas, y echan todo a volar
como gaviotas locas, y hay bengalas y guiños,
aunque de repente -al poco- se detenga la música.
Benditos dioses menores, que no
engañáis con ello, pues que no hubo promesas
ni exigencia. Por el aire volando como
un sonido indócil, como agreste chirimía
en la noche del arte, al cruzar los dedos
de improviso os contemplamos, sonreís y sois,
y como el rostro de un muchacho que
descubre el amor, pensamos entonces que todo es
bello, y que todo vivirá eternamente.
Cual en una fábula sin telón.
Como los castillos de una tabla flamenca...



DOLOR DE COSAS QUE IGNORO

¿Quién dijo de algún merecimiento?
¿Quién ha merecido y quién nunca lo ha hecho?
¿Quién ve mejor en un país de ciegos?
¿A quién prefiere el polvo y la ceniza?
Y con todo -pese a todo- persevera el castigo.
Caminaba despacio y cuesta arriba,
con una vieja bata azul y opacas zapatillas,
anciana con un rostro de bondad malherida,
el pelo recogido en moño blanco,
y una mirada triste, húmeda apenas,
que agradecía sensaciones sin nombre
y preguntaba el porqué de tanta, tanta cuesta arriba.
Pedía con un timbre muy leve, elegante casi,
pero siendo tan pobre, desoías miseria.
Era el tiempo pasando; la nieve acumulada
por centurias; los días vueltos lija, y en roce;
los gozos hechos luz (al fin quemante)
la negra tristeza apelmazada en nubes;
las muertes repentinas, los desos frustados,
la inocencia perdida como pez en mar fría,
(la inocencia perdida sin haberlo buscado)
cuanto pudo ser sí y jamás llegó a hecho,
la insólita amargura de ver pasar los solos
que tan bien comprendimos y nunca te tocaron.
El fuerte trago del rincón de arena
(pertenecer a ofendidos, censados, humillados
o inciertos) a quienes próxima inclemencia
presta calor con monedas de a céntimo,
o clara desdeña con mohín de espantajo.
Es triste ver mundo y tiempo
vueltos mujer anciana, no poseyendo ningún oro en la mano.
La injusticia es total para todos,
peor para unos cuantos.
El mundo es imperfecto y su deidad caída

-la Historia es sombra siempre y la hora no cuaja-
y elevando las manos -como ella miraba- pedimos un sentido,
cierta luz, una guía, otra pequeña alondra;
y la sola respuesta que nos manda el silencio
es lágrima de amor brotada en la pupila,
una mano tendida (antes de ver el alba)
y un afán casi tierno por irse desnudando,
regalándolo todo -los miembros incluídos-
a una hoguera de luz centelleando.
Brilla intensa la llama. Mas a la lágrima
no le busques sentido: Arde, no habla.
¿Quién dijo de algún merecimiento?
¿Quién ha merecido y quién nunca lo ha hecho?
Un oscuro porque transita fantasmal este universo.



C ONTEMPTUS MUNDI

Es la más tonta noche de las vanidades.
Pero ninguno supimos resistirnos, y montamos
la pretendida juerga, a mayor gloria del año incipiente.
Mas al final (después del champán y la droga
y la santa lujuria) al volver a casa, amaneciendo,
en el vagón de un Metro lleno de turbios jóvenes,
de bruces me di contigo, *Desprecio del Mundo*,
viejo señor medieval, ilustrísimo tópico de la literatura,
que te reías de mí por haber intentado
(y a ratos conseguido) ser más feliz
de esa manera recalcitrante y orgiástica
que en ti no piensa o te sueña en el limbo...
Y sin embargo, al verte ahí de frente,
con tu abrigo de piel, los guantes puestos,
y un delgado bastón entre rústico y fino
(apoyado al otro extremo del vagón, sonriendo)
pensé que tenías razón -muchas veces lo he dicho-
y que debía disponerme a estar a bien contigo.
Tomás de Kempis me parece muy duro.
Mas puedo acordarme de Don Juan de Arguijo
que fue rico y famoso y perdió la fortuna,
y escribió en soneto de admirable buril:
¿Quién las mudanzas de la suerte ignora?
Si la droga te atonta y los chicos se marchan
(cambian mucho), si el alcohol es garrafa,
y lo que dura de una noche insigne
es vacío y tristeza, impotencia y resaca;
si de todo cuanto haces y pretendes,
si del amor y la amistad que amas,
sólo va a quedar polvo en la cara de un viejo
¿a qué seguir bregando?, me contestas.
El bien que no perdura importa poco,
y es estúpido asimismo temer un mal que acaba.
Llévame contigo, Desprecio del Mundo,

grité cuando el convoy entraba en mi parada.
Al restringido claustro, a la pequeña casa
en la alta montaña, al cuarto erudito,
donde nada importa la infame gritería
o el voraz batallar del carnaval del siglo...
Libre de la Fortuna y de su rueda,
poseyendo lo mínimo y no queriendo nada,
me pasearé contigo por silvanos paisajes,
intentando creer (aunque sea difícil)
en un allá remoto de encendida justicia.
Entraba ya en mi casa, apuntando un sol frío,
tan a buenas contigo, adusto gentilhomme postrimero,
que hasta creí dichosa mi noche malgastada.
Pero al meterme en cama, dispuesto ya a dormir,
pensé en ese cuerpo (vicioso, me dijeron) que entreví
en la fiesta, y pensé en el amor que todavía espero,
y sentí que era hermosa la juventud que acaba,
y digno de vivirse el frenesí del vino,
y maravilloso rodar por la pendiente, si has ardidido
entre copas y pasiones, y el júbilo te ha roto
con su cristal brillante. Deseé un nuevo día,
oh Desprecio del Mundo, y otra fiesta otra noche,
y mil jóvenes dispuestos a hacerme compañía,
y un poco más de euforia, aunque fuese comprada,
por ascender a la excelsa región de la alegría.
Adiós, mi medieval amigo. Yo sé que eres verdad,
y sé que tú serás mi última guarida.
Pero ahora, hasta me gusta más la Nochevieja,
y me siento dispuesto a seguir siendo malo
y loco e insensato muchas veces y horas,
para morir derrotado por la roja pasión,
hundiéndome en la vida (que te engaña)
y gozando hasta el fin con su beso baldío.
Solo lo que has gastado (enseña el proverbio chino)
es tuyo por completo. Como la rosa, la juventud,
el placer, la ilusión, el amor quimerista,
que se escapan y huyen, dejándote un vacío
(que antes fue plenitud) y este aroma liviano y sostenido.



ESAR MORO

Se llegaría a hablar -como de varios otros-
de una soledad desdeñosa y altiva.
Dirían muchos (con desprecio) que se creyó un genio,
porque acaso jugó algún día a serlo,
y desde luego nunca aceptó la confusión del gremio.
Fue inevitable hablar de su afán de distancia
y dandysmo. De su penuria. De sus muy malas rachas.
De su nunca estar a gusto. Y naturalmente
(siempre alimenta eso) de sus vicios no ocultos,
y de las vanas locuras a que un obrerito le condujo.
Y es cierto que fue rey y también miserable.
Que se aupó hasta el delirio, e íntimamente supo
que no valía mucho más que ningún otro hombre.
Que se pensó divino, soñando en liquidar el yo,
y padeció y sufrió porque la suerte quiso,
y porque él no aceptó (aunque dudase a veces)
destinos más oscuros. Centuplicó la apuesta,
sabiendo que el *croupier* no tenía fondos,
y ansió lo más alto, lo perfecto y lo noble,
no ignorando que solo vuela el sueño,
y de fango y basura se levanta lo otro.
Supo que era tan hondo su fracaso
que procedía de antes aun de haber nacido.
Y pese a ser sólo un raro, un huidizo,
un huraño, un hombre antipático y engreído
(sin causa) y un maricón solemne,
triste, sin futuro, y tan eufórico a ratos;
a pesar de su hermoso vacío, de su historia frustrada,
de sus palabras bellas, perdidas en el viento,
y que los siglos volverán -como estas- perdidas;
pese a tanta extrañeza y tanto horror,
y tanto hueco negro, y sima y desdicha
(todo cuanto no oculta el porte digno
ni el aire escrupuloso, egótico y vampírico)

escribió: *Sé que amo la vida por la vida
misma, por el olor de la vida...*

Probablemente eso (en noches, tan visible)
ese tirón tan solo de delicia y de cieno
le apartó del derrumbe, y le otorgó valor,
dignidad, honor, resistencia y belleza. Solo eso.

A



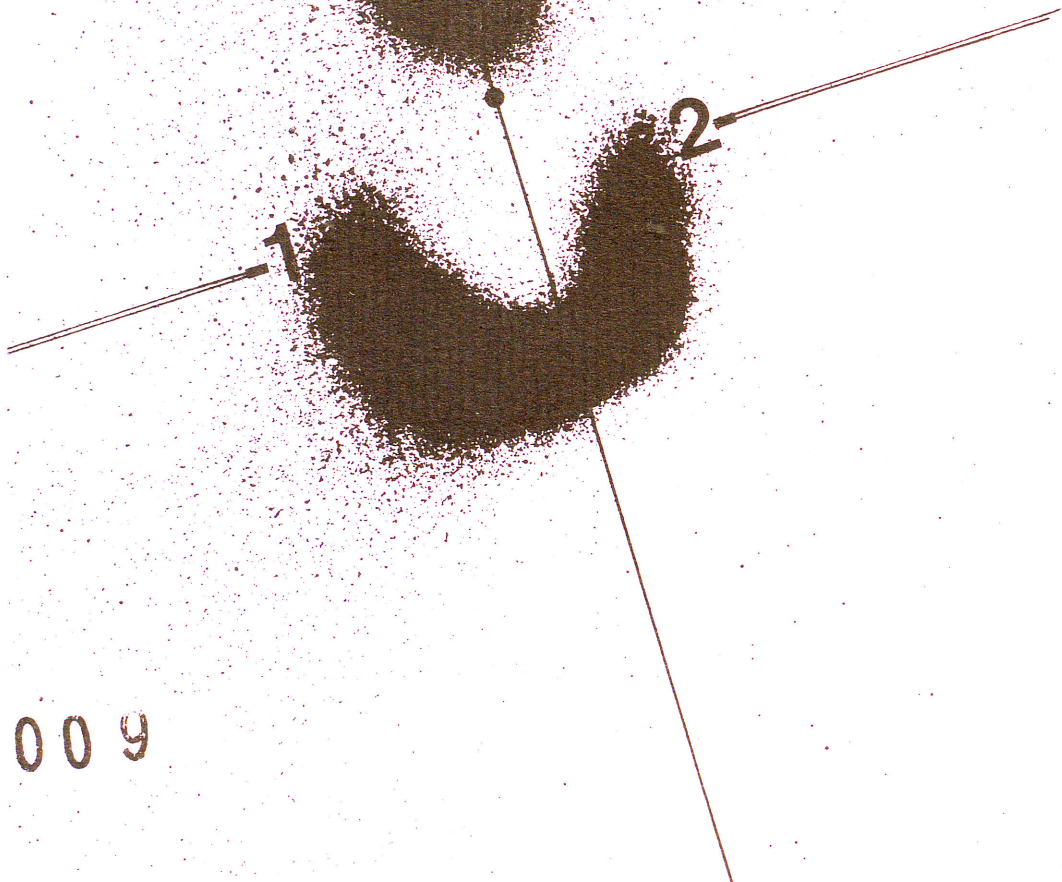
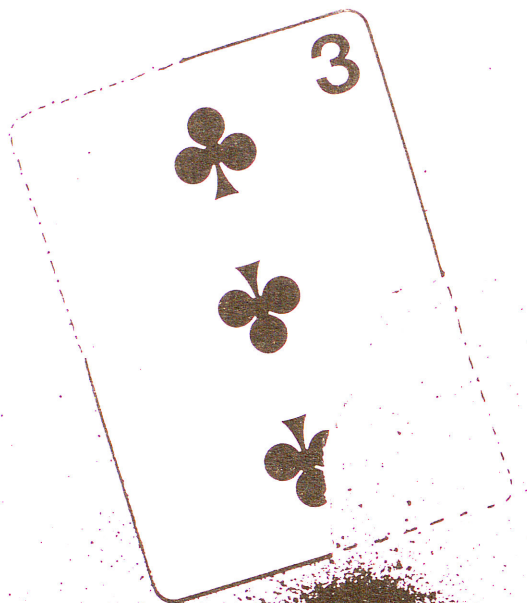
008

Z

C

ERVANTES

Quienes menos se parecían a él -académicos y gramáticos- lo convirtieron en un ídolo augusto: Heróico y ejemplar caballero contra adversidades. Tan seco lo dejaron, tan árido, tan poco apetecible, que los vanguardistas (¡pobres!) debieron insultarlo. Nada raro. Los vivos (ya sabemos) transforman a los muertos -acaso por venganza- en marmóreas estatuas. Los matan nuevamente. Pero él fue, sobre todo, vida viva. Esa que temen de continuo (pasada la juventud especialmente) tibios y bienpensantes. Quiso vivir, sin salir de la vida. Y comprobó que en los márgenes se abren flores más intensas, y que el divino ideal, el empujón primero de los años, dura poco. Se manchó muchas veces, sin jamás sentir que ello fuese miseria. Se dejó andar por oscuros laberintos, y celó cuanto pudo, como el tiempo pedía. Gustó del juego, del placer, de la vulgar, sávida germanía, y comprobó que el perdedor siente más que quien gana, y que en la adversidad brilla un claro talento. Fue todo sombras, porque en sombra vivimos. Pero la sombra es luz para quien siente carne y la totalidad del sentimiento. No habló de la experiencia, mas su vivir -lo hondo- lo pasó a un loco y buen hidalgo antañón en el que ciertamente nos vislumbramos todos. Sedientos de ideal y perfección la realidad nos tumba, y al final -en ese paso malo en que quizá fuese amiga la demencia- nos damos cuenta del seco batacazo. Todo fue falso. Nuestra ilusión también. Pero valió la pena el arduo desarreglo, el ardor vivencial que nos llevó a ese trance. Valió la pena el exceso y la lucha, la palabra y los labios, los continuos fracasos y esos momentos dulces en que alguien -como el día- nos engaña. Sirvió llegar a donde fuimos. El impulso sirvió. Y entonces -en ese trágico instante- ahí sí, despertamos.



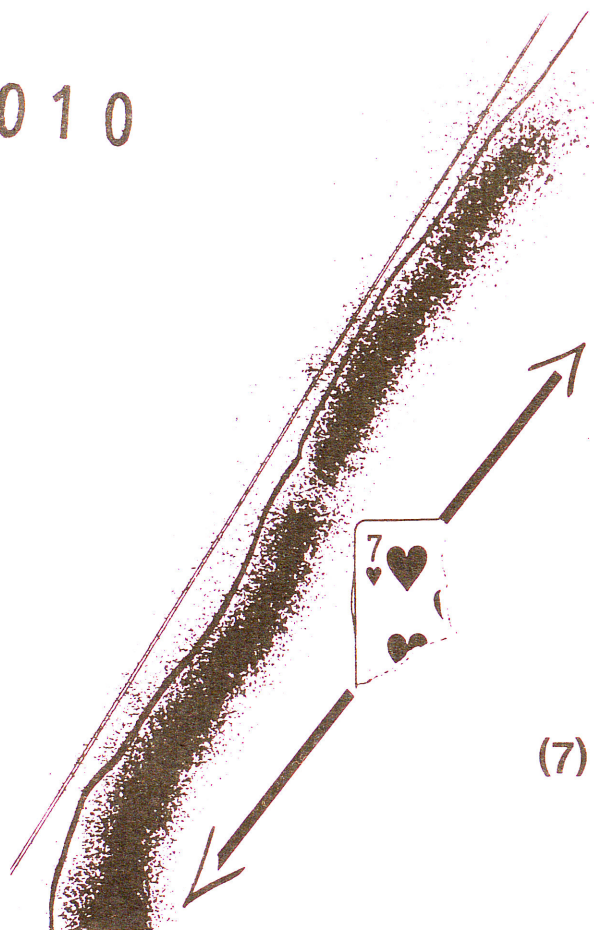
009

QUE LA MALA VIDA ES MARAVILLOSA

Fue al principio la idea -la sola idea-
de que se levantase alguien a las tres de la tarde...
Noches más adelante que tocaban el día,
amaneceres juerguistas, alcohol, anfetaminas,
fiestas que comenzaban al despuntar el alba...
Y ahora estos muchachos que viven de bar en bar,
entre fragor de droga y discoteca,
y a mediodía se acuestan, cuando el mundo termina.
Dicen que en la noche la vida sólo es vida,
y el haschís diluye las aristas más áridas.
Hay hombres que compran muchachillos a las tres
por pura compañía, esnifan cocaína en retretes ilustres,
y el color de sus ropas brilla bajo el estrobo.
Hay quienes beben vodka o tequila dando
un golpe en la barra, y chicas que, fumadas,
al borde de las ocho, lloran sin saber qué
y forman una inversa *Pietà* de afeminados.
En baruchos siniestros o clubes elegantes
contemplan la belleza, se desperezan, mueren,
y a la luna le gritan -por la calle- que aman
tanto la vida que están a punto ya de utilizar navaja...
El alba les destruye, huyen de los almuerzos,
y en el café de barrio -casi ciegos de sol-
les ve el oficinista y reconocen a putas y golferas.
Tengo amigos que no saben qué quieren
y se emborrachan buscando una vida mejor.
Amigos que se drogan sistemáticamente
aguardando dulzuras o un éxtasis sin límite.
¿Qué buscan los navegantes de la noche,
quienes parecen ansiar un vendaval sin tregua?
Huir de vivir buscando aún más vida.
Están desesperados y son encantadores.
Descreen de los negocios y su arte es exceso.
Saben que acaban mal y les gusta la ruta.

Sueñan mundos mejores,
días llenos de luz, días felices,
estaciones ubérrimas de amistad y de sexo
y risa y mucha risa como ménades nobles...
Hacen lo posible por salirse del círculo
y odian llegar a ser ingenieros o madres.
Mis amigos quieren tanto la vida
que acabarán muy mal,
y mientras no llega cuanto anhelan
ese día de sol, ese mundo perfecto
cultivan las ojeras y sus vicios,
anhelan una noche muy brevemente eterna
y viven en garitos que cierran de mañana.
Mis amigos son guapos y casi adolescentes
e ignoran que alguien -en griego- dijo
que jóvenes mueren quienes los dioses aman.

0 1 0



(7)



QUIENES BUSCAN LA ALEGRÍA

A Ricardo Almenar. *In memoriam.*

I

Te puedo recordar en el *Florida*, ligero y elegante,
en noches que nunca he conocido.

Reías enhebrado en la blanca corriente de la vida,
pausado, frívolo, profundo sabiamente,
en el mejor gozo del lujo
entre criaturas cuyo encanto es aún transcurrir huidizo.
Y como una festiva (pero no bronca) cabalgata
que de golpe se ve truncada por súbita tormenta,
me contaron tu muerte.

Fue de repente, un algo a la cabeza, murió sin darse cuenta.

Muchos dirán: Qué baladí su vida.

Noches felices, penas de amor, delirios de la carne.

Gustó de la justicia, mas frecuentó lo injusto
porque era más hermoso

y en la vida -debió pensar- solo pesaba la alegría.

Aunque tantas noches tantos festejamos contigo
poco a poco tu nombre se perderá en la sombra...

No, no lo conocí nunca ¿quién era?

Tu destino -al final- no es diverso al de muchos.

Todos estamos llamados al olvido.

Tú nos llevas ventaja y supiste más cierto
que nada vale nada

más que en la misma médula del corazón adentro;
por ello es mejor bendecir la alegría.

Ese sonar tan fino de una copa de vidrio,
que casi nadie entiende

y retiembla en lo oscuro

y que se va apagando poco a poco
hasta dejar de ser

como las noches brillantes del *Florida*

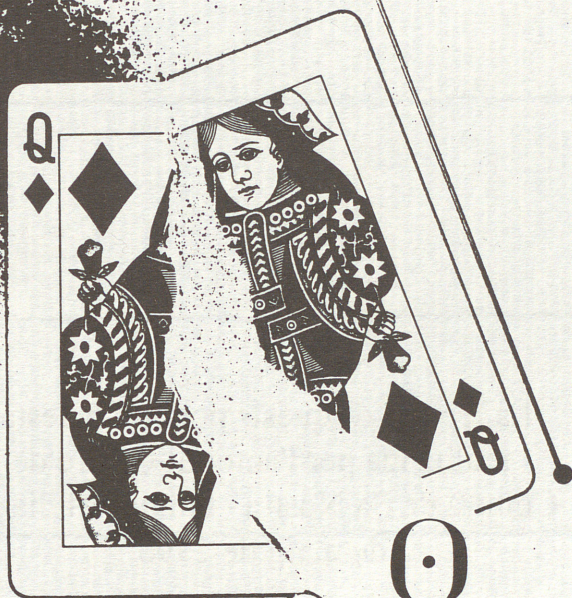
o como aquellos muchachos -acuérdate- que llevaban corbata
y que decían, dicen, nos dijeron

¡ah, qué vals, qué extraño vals la vida!

II

Parece poca cosa y la desprecian todos los que no la conocen.
No es profunda, dicen, no entra en los hondos laberintos del mundo.
Es retitún de vidrio; nada sólido se fundamenta en ella.
Mas cuando conocemos a uno de los seres
que sin saber por qué, donosamente, la poseen
y erigen en sí mismos su arquitectura exacta
¡ah, qué luz de mañana veraniega,
qué olor de celindas en la noche del sur,
qué sonar de una música barroca,
continua, esplendente, bullente y rumorosa!
Es como un regalo que uno no mereciera,
una nieve fina y suave que te cae de improviso,
un templo construido alto, lleno de sol,
y abajo el mar azul, feliz, pleno de espuma...
La alegría es un don portentoso y absurdo,
y sólo nuestra pobre condición desdice o menosprecia la alegría.
No se puede pensar: se posee sólo.
No tiene definición: es música.
No contiene ideas, pero las cumple todas.
Es un viento de magia y el olor de unas rosas.
Quien nunca la conoció
o quien no la merece,
quien nunca vio ese mármol límpido en la altiva colina,
o ya olvidó que un día la rozó muy suave,
cuando oye hablar de ella,
cuando siente su risa,
el mágico tintín de una copa perfecta,
el alado cendal que sin tocarse vive;
el denso, el menesteroso, el torpe,
el que sueña durezas y aspereza de vida,
pregunta sorprendido
¿quién es, de qué habláis, qué estais diciendo?

0 1 1



Q K



La lectura d'aquests poemes ha estat
realitzada per l'autor al Centre de
Cultura de Sa Nostra –Palma– el dia 31
de maig de 1990

Col.lecció poesia de paper
núm. 3



Universitat de les
Illes Balears